

## **José Carlos Mariátegui, su reflexión sobre la Reforma Universitaria, los intelectuales y la educación popular 1919-1930**

**José Carlos Mariátegui, his reflection on University Reform, intellectuals and popular  
education 1919-1930**

### **Resumen**

Desde poco antes del “estallido” del movimiento de reforma universitaria en Córdoba en 1918, el intelectual peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930), inició un acercamiento al socialismo que tuvo su primer un giro intelectual e ideológico cuando fundó, junto a César Falcón, el periódico *La Razón*. Desde sus páginas en 1919 apoyó al naciente movimiento reformista universitario peruano lo que le valió el exilio en Italia durante 4 años. Cuando regresó en 1923 era, según su propia definición, “un marxista convicto y confeso” y desde las páginas de la revista *Claridad* hizo una fuerte crítica al proceso reformista limeño. No pararon allí los cuestionamientos, en sus trabajos siguientes, algunos reunidos en sus célebres *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1927) y en varios artículos periodísticos, delineó su reflexión crítica hacia la universidad, los intelectuales y la educación popular. El artículo analiza la evolución, las contradicciones y los cambios ideológicos y políticos de Mariátegui ante el proceso de la reforma universitaria latinoamericana.

**Palabras clave:** Mariátegui, Reforma Universitaria, Intelectuales, Educación Popular

### **Abstract**

Since shortly before the "outbreak" of the university reform movement in Córdoba in 1918, the Peruvian intellectual José Carlos Mariátegui (1894-1930), began an approach to socialism that had its first intellectual and ideological turn when he founded, together with César Falcon, the newspaper *La Razón*. From his pages in 1919 he supported the nascent Peruvian university reform movement which earned him exile in Italy for 4 years. When he returned in 1923 he was, according to his own definition, "a convicted and confessed Marxist" and from the pages of the magazine *Claridad* he made a strong criticism of the reform process in Lima. The questioning did not stop there, in his following works, some gathered in his famous *Seven Essays of interpretation of the Peruvian reality* (1927) and in several journalistic articles, he outlined his critical reflection towards the university, the intellectuals and popular education. The article analyzes the evolution, the contradictions and the ideological and political changes of Mariátegui before the process of Latin American university reform.

**Keywords:** Mariátegui, University Reform, Intellectuals, Popular Education

Fecha de recepción: 24 de septiembre de 2018

Fecha de aceptación: 01 de noviembre de 2018

## **José Carlos Mariátegui, su reflexión sobre la Reforma Universitaria, los intelectuales y la educación popular 1919-1930<sup>1</sup>**

**José Carlos Mariátegui, his reflection on University Reform, intellectuals and popular  
education 1919-1930**

**Fabio Moraga Valle\***

### **De las páginas sociales a la política**

José Carlos Mariátegui nació en 1894 en Moquegua, en el sur occidente del Perú, en el seno de una familia humilde, era descendiente del intelectual liberal Francisco Javier Mariátegui y Tellería. En 1902, tras un accidente en la escuela, fue internado en la clínica *Maison de Santé* de Lima. Su convalecencia fue larga y quedó con una anquilosis en la pierna izquierda que lo acompañó hasta su muerte, pero que lo impulsó a la lectura y la reflexión. En 1909, ingresó al diario *La Prensa* como auxiliar, primero como alcanzar rejonos (portapliegos) y luego como ayudante de linotipista. No terminó sus estudios escolares, pero se formó en el periodismo y trabajó como articulista, en *La Prensa* (1914-1916), bajo el pseudónimo Juan Croniqueur escribió sobre la frivolidad limeña desde su ya vasta cultura autodidacta. También colaboró con revistas sociales como *Mundo Limeño*, *Lulú*, *El Turf* y en la revista cultural *Colónida*, del grupo modernista homónimo. Esto le valió ser aceptado en los núcleos intelectuales y artísticos de vanguardia y de tejer amistad con el entonces famoso poeta Abraham Valdelomar. Luego colaboró en *El Tiempo y Voces* (1916-1918) y *Nuestra Época* y *La Razón*. Toda esta etapa formativa y creativa, que va de 1909 a 1919, el mismo Mariátegui la llamó despectivamente su “edad de piedra” y la rechazó para relevar su posterior etapa marxista que va de 1923 a 1930 (Gargurevich, 1978).<sup>2</sup>

A partir de 1916 Mariátegui habría efectuado un giro en su trayectoria profesional y se interesó por la reflexión teórica y la crítica literaria, en una evolución cada vez más marcada, sus trabajos se encaminaron a temas sociales, políticos e ideológicos influenciado por el socialismo y la Revolución Rusa que desarrolló en distintos y efímeros proyectos editoriales. El más importante de éstos fue la publicación, junto a César Falcón, de *La Razón* que vivió los cortos y agitados meses de 1919, y donde Mariátegui hizo campaña a favor de la Reforma Universitaria local. Ello le valió la animadversión del flamante presidente Augusto B. Leguía quien lo envió con una beca al exilio en Italia. Allí estuvo cuatro años en los que asistió al ambiente de la posguerra europea y experimentó los efectos de la Revolución Rusa en varios países. Volvió al Perú a inicios de 1923, convertido en un marxista “convicto y confeso”, como el mismo se autodefinió.

---

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este texto, titulada “José Carlos Mariátegui y su reflexión educativa: escuelas normales, universidades, intelectuales y maestros”, fue presentada en el Coloquio “El mundo Mariátegui: Mariátegui en el mundo”, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 16 de mayo de 2018.

\* Doctor en Historia. Investigador Asociado, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, México. E-mail: fabiohis@gmail.com

<sup>2</sup> Biógrafos de Mariátegui como Carnero Checa (2010) aportan testimonios que, en rechazo a su “edad de piedra”, habría ordenado quemar incluso su “Cartas de Italia”, que sus hijos publicaron posteriormente como parte de sus *Obras Completas*.

Desde su regreso, su labor política e ideológica no se detuvo mientras, paralelamente, la persecución del gobierno sobre su persona y sus proyectos editoriales se acrecentaron: participó en las Universidades Populares González Prada, UPGP, dirigió brevemente la revista *Claridad*, creada a fines de 1922 por el ex líder estudiantil Víctor Raúl Haya de la Torre, la que cambió por su proyecto más famoso y fructífero: *Amauta*, que publicó 32 números entre 1926 y 1930 en los que tuvo sortear las represión y la censura del régimen de Leguía.<sup>3</sup> Paralelamente formó, junto a Haya, parte de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA, cuando ésta era una red de células de militantes, -mayoritariamente peruanos exiliados- distribuida en varios países de América Latina y Europa. Cuando el ex líder estudiantil quiso transformar al APRA en un partido político, las diferencias, que existían desde 1923, se acrecentaron. Mariátegui abandonó la organización en 1928, para formar el Partido Socialista del Perú, PSP, y encaminó a la revista hacia esos propósitos en su célebre editorial “Aniversario y balance”. Pero marcó una distancia con el socialismo promovido por la Internacional Comunista cuando definió las características de su propuesta:

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva (Mariátegui, 1928).

El gran problema ideológico –que lo llevaría a enfrentarse con la Tercera Internacional- fue sus poco ortodoxas fuentes teóricas ya que si bien citaba a Marx y Lenin puso entre ambos Georges Sorel, un filósofo francés, teórico del sindicalismo revolucionario al que normalmente se lo vincula con el anarquismo.<sup>4</sup>

Los trabajos de Mariátegui y, en general, la educación y, más específicamente, la reforma universitaria, han sido fruto de diversos análisis. Uno de los primeros, hecho en la década de 1980, es el de Antonio Melis, “José Carlos Mariátegui y la reforma universitaria”, en el que hace la primera revisión de los escritos de nuestro autor, aunque de manera muy general, sin entrar en los textos y en el contexto en que cada uno se escribió (Melis, 1980).

El tema ha sido estudiado también por una corriente, más preocupada de relacionar la reforma universitaria con el legado político e ideológico de la izquierda, que trata de unir la reforma iniciada en Córdoba con otros puntos de esta otra agenda política más radical:

Con todo, las corrientes socialistas estuvieron presentes en la trama ideológica que impulsó la Reforma, como vimos antes. Será a Juan (sic) Carlos Mariátegui, en el Perú, a quien corresponderá traducir el reformismo universitario en una propuesta de reforma

---

<sup>3</sup> Augusto B. Leguía, (1863-1932), presidente del Perú en dos ocasiones (1908-1912) y en el llamado “oncenio” (1919-1930). En este segundo período impulsó la modernización del Perú. En los hechos el oncenio fue uno de muchos gobiernos autoritarios de la región que impulsaron modernizaciones del Estado y la ejecución de importantes obras públicas, así como “leyes sociales”, con el fin de frenar el avance de las ideas socialistas en el continente.

<sup>4</sup> Georges Eugène Sorel (1847-1922) fue un filósofo francés y teórico del sindicalismo revolucionario. Con un pasado monárquico y conservador, trató de llenar los huecos que veía en la teoría marxista, pero terminó creando una variante muy heterodoxa de la ideología. Su más conocido texto son *Reflexiones sobre la violencia*, (1935), Santiago, Ercilla.

social, amalgamando la Reforma con la lucha por la liberación de los indios y mestizos” (Tünnennann Bernheim, 1998: 103-127).<sup>5</sup>

En general, esta corriente, como en el caso que citamos, recurre al anacronismo histórico e ideológico, para sustentar sus posiciones, ya que entre el momento del “estallido” de Córdoba y el momento en que Mariátegui desarrolló el grueso de su reflexión crítica, hay entre cinco y diez años de diferencia. Pero quizá el exponente más influyente de esta perspectiva es el sociólogo argentino Juan Carlos Portantiero (1934-2007) quien, en 1978 estableció la tesis más recurrida sobre el significado de la reforma para el continente:

Varias décadas de política latinoamericana transcurrieron como tributarias, en alguna forma, de este movimiento: la reforma universitaria fue, en efecto, la mayor escuela ideológica para los sectores avanzados de la pequeña burguesía, el más fuerte espacio de reclutamiento de las contraélites que enfrentaron a las oligarquías y de ella surgieron la mayoría de los líderes civiles latinoamericanos y muchos de los partidos políticos (Portantiero, 1978: 14).

En este artículo vamos a analizar la reflexión de Mariátegui respecto de la reforma universitaria. Los textos que comprende este trabajo se pueden organizar en tres grupos: los escritos antes de su regreso al Perú en 1923, los que parecieron en la revista *Claridad* y los escritos en sus *Siete Ensayos* titulados “El proceso de la Instrucción Pública”. Nos centraremos en la que hace el intelectual peruano, que evidencian una profunda crítica a los sistemas educacionales existentes en Perú y América Latina y que atacan problemas del sistema educacional peruano, el movimiento reformista, en general, y su “proyección” al resto de los países de la región.

### **La reforma universitaria: encuentros y desencuentros con el marxismo**

Uno de los aspectos más controversiales de las investigaciones sobre la reforma universitaria es la ligazón, casi automática, de los principios reformistas con las ideas de la izquierda política e ideológica. Esta ligazón, producto más de un “imaginario” construido posteriormente, tiene un génesis específico y un desarrollo histórico y no se produjo automáticamente. Por ello, volver sobre el pensamiento de Mariátegui, uno de los principales ideólogos de la izquierda latinoamericana, aporta enormes beneficios a entender esta génesis y este desarrollo.

Autores como Fernanda Beigel sostienen que Mariátegui inició su giro ideológico de la iconoclasia modernista del grupo Colónida, a un vanguardismo político más definido entre 1916 y 1919, evolución que realizó a través de la que sería su forma de expresión y de reflexión política fundamental: la prensa y las diversas empresas editoriales que implementó a lo largo de su corta vida. Entre esos años participó en el Comité de Propaganda Socialista y se unió a César Falcón y Félix del Valle con quienes fundó la revista *Nuestra Época*, desde donde criticó el militarismo y la política tradicional, pero de la que solo salieron dos números.<sup>6</sup> En 1919 junto a

<sup>5</sup> Nótese que este autor ni siquiera escribe bien el primer nombre de Mariátegui.

<sup>6</sup> Tenemos pocos datos sobre los compañeros de Mariátegui. César Falcón, escritor periodista y político peruano, exiliado junto a Mariátegui por el gobierno de Leguía, vivió su exilio en varios países europeos. Ejerció el periodismo en España, Inglaterra, Francia, Estados Unidos y México. Militó en el Partido Comunista español hasta el fin de la Guerra Civil Española. Félix del Valle fue escritor y periodista (Huaman Mayorga, 2016: 28).

Falcón fundó el diario *La Razón*, desde donde apoyó la reforma universitaria y las luchas obreras (Beigel, 2006).

En el fondo, ambos periodistas tenían hacia la guerra europea y la Revolución Rusa, una actitud común a la de muchos intelectuales de la época. Hasta 1918 el pensamiento de Mariátegui no estaba influido por el marxismo, sino por un socialismo genérico y ecléctico que mezclaba influencias de varias corrientes de izquierda de la época. En el momento inmediato del fin de la guerra y el estallido de la revolución, el surgimiento de una “internacional” distinta de la Tercera Internacional Socialista, fue de gran importancia para una serie de intelectuales, tanto en Europa como en América, muchos de los cuales incluso no eran de izquierda, esta Internacional del Pensamiento era más bien “red de intelectuales” que se concretó tras el llamado que hicieron en 1919 Henry Barbusse y Anatole France a los intelectuales del mundo a luchar, desde la cultura por la paz mundial. Mariátegui siempre consideró esta organización dentro de sus reflexiones, incluso después de 1925, cuando ya se había dividido en una fracción bolchevique y otra más socialista y heterodoxa (Moraga, 2015).<sup>7</sup>

Desde su regreso al Perú en 1923, nunca ocultó su visión crítica de la reforma universitaria, ni de la universidad como un único lugar de construcción de conocimiento. En 1927 confesó en una carta a su corresponsal, al escritor Enrique Espinoza (Samuel Glusberg), quien le había solicitado sus datos biográficos: “soy un autodidacta [...] en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extra-universitario y tal vez si hasta anti-universitario”.<sup>8</sup> Así, aunque su posición era “anti-universitaria” no era anti-intelectual, Mariátegui desarrolló en alrededor de 23 textos sus concepciones acerca de la educación, la universidad y la reflexión intelectual, acá solo analizaremos los principales.

El conocimiento sobre la relación del programa de la reforma universitaria con varias corrientes políticas e ideológicas específicas no ha sido fácil de construir. Mientras una corriente principal ha planteado que la historia de las universidades y los movimientos estudiantiles del continente son “herederos” de la reforma universitaria de Córdoba, iniciada en 1918, las voces que la contradicen recién empiezan a abrirse paso. Lo anterior pese a que algunos de los mismos protagonistas, después transformados en historiadores o “memorialistas”, matizaron las visiones dominantes. Historiadores tan influyentes como Jorge Basadre minimizó la “influencia de Córdoba” en el movimiento estudiantil peruano porque la acción de los universitarios se dirigió fundamentalmente contra “la esclerosis de la docencia” y a “tachar” a los profesores que entregaban conocimientos obsoletos (Basadre, 1975: 133-137). Lo mismo sostuvo Daniel Cosío

---

<sup>7</sup>En especial las revistas “Claridad” formaron tanto en Europa como en América Latina, “redes” que vincularon tanto revistas como intelectuales independientes, más allá incluso de que se llamaran *Clarté* emulando la publicación francesa. Por ejemplo, en este continente, la publicación del manifiesto original de France y Barbusse llegó a revistas como *El Maestro*, publicación de la novel Secretaría de Educación Pública dirigida por Vasconcelos. Sobre la “red Claridad” en América Latina, véase Moraga (2016).

<sup>8</sup> En la época hubo una serie de intelectuales autodidactas y algunos que, teniendo educación formal, rechazaban la institucionalidad universitaria por ser el lugar donde se anidaba el conocimiento escolástico, el pensamiento conservador y la oligarquía como clase, que ocupaba la cátedra universitaria solo para obtener o mantener prestigios. Entre los primeros estaba Gabriela Mistral, poetiza y maestra rural autodidacta, con una fina concepción pedagógica y entre los segundos José Vasconcelos, quien pese a egresar de la escuela de Jurisprudencia, rechazaba al Consejo Universitario por ser un “órgano oropelezco e inútil”. Ambos confluyeron en la peruana *Amauta*, la costarricense *Repertorio Americano* y la mexicana *El Maestro* y en otras revistas latinoamericanas, donde publicitaron y debatieron sus ideas educacionales. Sobre los juicios de Vasconcelos véase Cosío Villegas (1986: 55).

Villegas, presidente de la Federación de Estudiantes Mexicanos en 1921, que organizó un congreso internacional de estudiantes: “La verdad de las cosas es que nosotros no sabíamos ni una sola palabra de semejante reforma, y que nos llamó poco la atención cuando nos la expusieron los argentinos” (Cosío Villegas, 1976: 5).

Por otro lado, varios trabajos de investigación han explorado recientemente la “poca afinidad” entre la reforma y los grupos de izquierda argentina entre finales de la década de 1910 y el primer lustro de la década de 1920.<sup>9</sup> Todo esto ha cuestionado las versiones canonizadas sobre el tema, pero lo que más se ha tendido a ocultar es el origen de la plataforma que a partir de 1918 se conoció como “reforma universitaria”.

Lo anterior se explica porque concretamente la “reforma” fue antes una agenda política preparada a lo largo de 10 años por los movimientos estudiantiles sudamericanos, pero especialmente los conosureños. Estudiantes uruguayos, argentinos, chilenos y peruanos que construyeron organizaciones estudiantiles fuertes, que estaban dirigidas por las fracciones juveniles de los partidos liberales de la región, organizaron cuatro congresos internacionales de estudiantes. El primero celebrado en Montevideo en 1908 fijó, tempranamente, como meta, el derecho de los estudiantes a participar del gobierno de la universidad y la Federación de Estudiantes Uruguayos colocó su revista *Evolución*, al servicio de la coordinación estudiantil internacional. El segundo congreso, celebrado en Buenos Aires en 1910 (el año del centenario de la Independencia), fue el más importante porque se colocó en marcha un acuerdo anterior: la formación de la Oficina Internacional Universitaria Americana, OIUA, encargada de comandar continentalmente las luchas reivindicativas estudiantiles y de crear y fortalecer una plataforma política que, entre otros puntos, planteaba la defensa del voto popular en las elecciones presidenciales (una aspiración típica de los sectores más radicales del liberalismo continental). También en este evento se aprobó apoyar a los obreros organizados en sus luchas reivindicativas. El tercer evento, celebrado en Lima, en 1912, fortaleció la identidad estudiantil creando el Himno de los Estudiantes, con letra del poeta peruano José Gálvez y música del chileno Enrique Soro, que cobraría gran importancia después de 1918 (Moraga, 2007: 130-132).

En 1914 la plataforma reivindicativa de los estudiantes sudamericanos ya estaba claramente definida, tenían una organización continental, la OIUA, que coordinaba a las federaciones estudiantiles de los distintos países, que organizaba encuestas entre los estudiantes y enviaba emisarios y delegados a consultar para conocer el estado de las organizaciones integrantes y un himno que los identificaba y convocaba como un solo cuerpo.<sup>10</sup> En líneas generales el programa elaborado constaba de cinco puntos: cogobierno, es decir, la participación de los estudiantes en las elecciones de autoridades universitarias, o, al menos con derecho a voz y voto en los consejos académicos; libertad de cátedra, es decir, autonomía de los académicos y la universidad para fijar los contenidos de sus programas; asistencia libre: libertad de los estudiantes de asistir a clases;

<sup>9</sup> Entre otros trabajos podemos mencionar los de Caruso, (1999) y Bustelo y Domínguez Rubio (2017).

<sup>10</sup> Un ejemplo de la coordinación estudiantil de la época “pre Córdoba”, de la fuerza de la OIUA y del nivel de alianzas con los gobiernos liberales del Cono Sur, fue la visita que hicieron a la Universidad de la República en Montevideo, los delegados brasileños que se dirigían al Tercer Congreso Internacional de Lima de 1912. Fueron recibidos como visita oficial; en las distintas ceremonias destacaron figuras como Héctor Miranda (ex presidente de la Federación de Estudiantes y futuro congresista), Óscar Fernando y Orlando, director de la OIUA, Julio Bastos, presidente de la República y el congresista José Enrique Rodó, entre los políticos que recibieron a los estudiantes. “Visita de la delegación brasileña al Congreso de Lima”, *Evolución* VI:4, agosto de 1912.

extensión universitaria, esto es, el fomento de la difusión de la universidad y los conocimientos que produce, en la sociedad. El último punto, presente débilmente desde los primeros eventos internacionales, que con el correr de los años se fue haciendo más fuerte, era la solidaridad obrero-estudiantil que se traducía en apoyo a las organizaciones de trabajadores y asistencia médica y jurídica, cuando el Estado liberal no cubría esos aspectos sociales.

Los puntos propuestos fueron discutidos y consensuados a lo largo de cinco años de debates a través de *Evolución* y las revistas locales de cada federación estudiantil, de tres congresos y de una encuesta continental. El cuarto evento se celebraría en Santiago de Chile, pero fue pospuesto indefinidamente por el inicio de la Gran Guerra en Europa y los movimientos estudiantiles del continente perdieron comunicación y coordinación entre ellos y siguieron caminos propios centrados en los problemas nacionales y locales (Moraga, 2007: 130-132; 2014: 159).

Con el inicio de la Revolución Rusa y del fin de la guerra europea, las juventudes liberales del continente comenzaron a ser desplazadas por grupos de izquierda, anarquistas o nacionalistas de derecha, en las organizaciones estudiantiles del continente. Paralelo a ello la OIUA dejó de existir junto con la revista *Evolución*. Así, previo al “estallido” de Córdoba, se había cerrado en el continente una etapa de largo predominio de las organizaciones estudiantiles encabezadas por dirigentes vinculados al liberalismo “de izquierda” del continente y se había iniciado su reemplazo por liderazgos vinculados a sectores de izquierda, más radicales e influenciados por los acontecimientos internacionales. Aunque ese liberalismo que dio vida a las primeras federaciones estudiantiles y al programa de la reforma universitaria, no murió, debió compartir el liderazgo de los estudiantes con otras organizaciones con fines ideológicos distintos. Por otra parte las alianzas y el beneplácito con el que contaron las organizaciones estudiantiles de parte de los gobiernos, se perdió. Ahora los nuevos gobernantes, cuando no pudieron cooptar a las federaciones para sus propios fines, maniobraron para dividirlos y reprimieron a los dirigentes.<sup>11</sup> Así, paradójicamente, cuando la reforma se transformó en movimiento estudiantil lo hizo con un programa diseñado antes pero en un momento histórico posterior. De allí surgieron una serie de contradicciones y, muchas veces, desfases entre el programa y el movimiento social que lo escogió de bandera: quienes recibieron los puntos de la reforma en 1918 fue una juventud estudiantil mucho más diversa, social y políticamente, que la que lo había diseñado entre 1908 y 1912.

### **El proceso reformista en el Perú**

En 1919 llegó a Lima el profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de La Plata, Alfredo L. Palacios. Esta era una institución fundada recién en 1890 con una impronta moderna y científicista y Palacios, el “primer diputado socialista de América”, un intelectual que había encabezado las luchas reformistas del lado de los académicos.<sup>12</sup> Llegó invitado por el

---

<sup>11</sup> Los casos más claros fueron los de Perú y Chile. En el primero, el presidente Augusto B. Leguía pasó de apoyar a la Federación de Estudiantes del Perú y el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado en el Cuzco en 1920, a reprimir las manifestaciones estudiantiles de mayo de 1923 y deportar a sus dirigentes. En el caso de Chile, el liberal Alessandri maniobró para dividir a la Federación de Estudiantes y apoyó las expulsiones de estudiantes reformistas en 1922 (Moraga, 2007).

<sup>12</sup> Alfredo L. Palacios, el “primer diputado socialista de América”, defendió los derechos de los trabajadores y de las mujeres. De figura y temperamento románticos no dudaba en batirse a duelo con sus enemigos por lo que, el Partido Socialista liderado por Juan B. Justo lo expulsó de la organización irónicamente, después de presionarlo para que

gobierno de Augusto B. Leguía como parte de la campaña que promovía el gobierno para lograr la devolución de los territorios de Tacna y Arica, que estaban bajo ocupación militar chilena desde el fin de la Guerra del Pacífico (1879-1883). El *establishment* político y académico acaparó al visitante pero, en la cena de despedida que le organizó la FEP, Palacios pronunció un fogoso discurso en el que sentenció: “La Reforma Universitaria se debe hacer con los Decanos o sin los Decanos” (Sánchez, 1988: 20). Paralelamente aparecieron en *La Razón*, una serie de artículos de los estudiantes de Jurisprudencia, Raúl Porras Barrenechea, Guillermo Luna Cartland, y Humberto Águila que criticaban a los profesores de la Facultad de Letras. El año 1918 el Congreso había aprobado la Ley N° 2690 que creó una comisión integrada por dos miembros del ejecutivo, cuatro del Congreso y dos del Consejo Universitario de San Marcos para revisar el proyecto de ley de instrucción primaria y secundaria y uno de reforma de la “instrucción superior” (Basadre, 1964: 4330; 1975: 128). La campaña de *La Razón* agitó el ambiente sanmarquino y en junio de 1919 estalló una huelga en Letras que pasó a otras facultades. Una comisión, presidida por los tres jóvenes, convocó a una asamblea para el día 28 y eligió presidente de un “Comité de Reforma” a Jorge Guillermo Leguía y pidió la renuncia de los profesores que habían “tachado” por mal desempeño académico.<sup>13</sup>

El conflicto se prolongó tres meses; el 2 de agosto se declaró la huelga general, el manifiesto que redactaron se hizo famoso por las primeras palabras: “Por primera vez los estudiantes se dirigen al país en nombre de un ideal de cultura...”. El Consejo Universitario se declaró incompetente y traspasó el conflicto a la ley que debía ser aprobada. El 4 de septiembre los estudiantes dirigieron al nuevo presidente un memorial en el que solicitaban su intervención. Leguía, en medio de la huelga, asistió a inauguración de la nueva directiva de la Federación estudiantil, el 1 de agosto (Basadre, 1975: 130). La promulgación de un decreto el 20 de septiembre de 1919, zanjó la situación. El documento establecía cátedras libres (previa aprobación del Consejo Universitario); suprimía las listas de asistencia; permitía que los delegados elegidos por los estudiantes accedieran al Consejo (siempre y cuando tuvieran el grado de doctor) y otorgó autonomía a la universidad. Durante la acefalia de la FEP un estudiante oriundo de Trujillo asumió interinamente la presidencia, se llamaba Víctor Raúl Haya de la Torre. El nuevo líder convocó a elecciones y se presentó, pero modificó los estatutos para el *quórum* mínimo. La movilización había pasado y el ánimo de los estudiantes decaído, por lo que la abstención fue muy alta: sólo sufragaron 61 alumnos, 46 de ellos lo hicieron por el candidato único y 5 en blanco. Surgió así uno de los liderazgos políticos latinoamericanos mitológicos de quien sería una de los líderes emblemáticos de la Reforma Universitaria y que nació de un movimiento estudiantil cooptado por el presidente, dividido internamente y sin dejar convencidos a sus propios instigadores.

El presidente Leguía demostró su sagacidad política ya que jugó sus cartas magistralmente: sacó de escena a Mariátegui y a Falcón y los mandó a un destierro con una eufemística beca, apoyó a las dos principales corrientes políticas al interior del movimiento estudiantil peruano: a los comandados por Haya de la Torre y a los nacionalistas y financió el Congreso Nacional de

---

entrara a sus filas. Profesor de derecho en la Universidad Nacional de La Plata, impulsó la reforma universitaria y resultó elegido decano, cargo desde el cual propugnó una profundización del proceso. Para una biografía, aún insuficiente, véase Cargía Costa (1997).

<sup>13</sup> Luis Alberto Sánchez (1988: 18) aclaró que, pese a su apellido, el joven Jorge Guillermo era “de notoria independencia política”. Estos jóvenes dirigentes y otros más, formados al calor de los conflictos de 1919, estaban destinados a conformar una generación de intelectuales peruanos que cubriría gran parte del siglo XX y formarían la columna vertebral de movimientos políticos como el APRA (Basadre, 1975: 129-130).

Estudiantes que se celebró en el mes de marzo de 1920 en la mítica ciudad inca (Moraga, en prensa). El evento, que había sido un mandato del Congreso Internacional de 1912, mostró que la mayoría de los delegados pertenecían a la corriente nacionalista y la minoría, comandada por Haya, a los latinoamericanistas. Pero el líder supo aprovechar las ventajas relativas y logró aprobar el proyecto de las Universidades Populares González Prada, UPGP, que se implementaron a partir del año siguiente en Lima y en el barrio obrero de Vitarte y después se extendieron a otras ciudades (Moraga, en prensa).

### Claridad y la forma universitaria

En mayo de 1922 Haya de la Torre, ex presidente de la FEP, llegó a Santiago para contactarse con los líderes de la Federación de Estudiantes de Chile que, desde hacía cinco años, estaba dirigida por jóvenes que pertenecían a una de las varias corrientes del “anarquismo intelectual” o estudiantil.<sup>14</sup> Venía de un largo viaje que lo había llevado a recorrer distintas ciudades del sur de América: Montevideo, Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Paraná, Tucumán, Mendoza para recalar finalmente en esa capital (Sánchez, 1936). Eduardo Araujo, presidente de la FUA, fue quien hizo el contacto con la organización chilena para que lo recibieran. Algunas de esas urbes visitadas tenían universidades que habían vivido el movimiento reformista de 1918, otras simplemente, recibían los ecos de la agitación obrera y estudiantil. En la capital chilena, además de asistir a varios encuentros con dirigentes estudiantiles locales, su visita fue reseñada en la revista *Claridad*, órgano oficial de la Federación local.<sup>15</sup>

Cuando regresó a Lima, Haya de la Torre fundó una revista homónima y tomó como modelo de la publicación chilena sus “secciones” y la estética modernista y *art nouveau*. Pero, diferente de la *Claridad* chilena que aún era “órgano oficial de la Federación de Estudiantes”, la peruana no estuvo vinculada a la FEP, que vivía momentos tensos entre las corrientes latinoamericanistas y los grupos nacionalistas que se debatían en el movimiento estudiantil local. Por esto Haya la inscribió inicialmente como el “órgano de la Universidad Popular”. Los primeros números dejaron sentir la experiencia sudamericana de Haya y en sus páginas abundaron referencias a la reforma universitaria que se agitaba en las distintas universidades argentinas (Moraga, 2007: 364-365).<sup>16</sup>

Pero 1923 se cerró un ciclo de avance de las luchas estudiantiles por implementar la reforma en las universidades sudamericanas y se inició otro de “contrarreforma” o al menos de estancamiento. Los movimientos estudiantiles de países como Chile, Perú y Argentina fueron reprimidos por los gobiernos “protopopulistas” de Alessandri, Leguía, e Irigoyen<sup>17</sup>. En países como México la Federación de Estudiantes de la Universidad Nacional, entró en crisis y se inició un proceso de lenta desaparición, sus líderes fueron cooptados por el gobierno mediante cargos

<sup>14</sup> Sobre una caracterización del anarquismo intelectual o estudiantil véase Moraga (2007). Una visión que plantea un anarquismo estudiantil más vinculado con las corrientes obreras en Craib (2017).

<sup>15</sup> “Un huésped peruano”, *Claridad* N° 53, Santiago, 27 de mayo de 1922. Sobre la publicación chilena Moraga (2000).

<sup>16</sup> En particular los números 1 (mayo de 1923) y 2 de ¿junio? De 1923; y N° 3, de septiembre de 1923.

<sup>17</sup> Para las expulsiones en Chile, véase Moraga (2007: 376-389). El mismo Mariátegui registró la expulsión de 26 estudiantes de la Universidad de Trujillo como el inicio de “años desfavorables” (1924-1927) para el movimiento de reforma universitaria en el Perú. Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 65.

políticos y administrativos o se reciclaron en el sistema político. El ministro de Educación, José Vasconcelos, quien había apoyado a su modo la realización del Congreso Internacional de Estudiantes, pero había negado la participación del presidente de la FEM en el Consejo Universitario, vio cómo su poder comenzó a declinar en los meses finales del gobierno de Álvaro Obregón y renunció en julio de 1924 (Cosío Villegas, 1976: 55)<sup>18</sup>. Por la fuerza del proceso revolucionario y la influencia y poder del nuevo Estado, el ciclo reformista tomó un rumbo academicista y terminó en 1929 con la declaración de “autonomía” de la Universidad, pero sin conquistar el cogobierno, ni otras reivindicaciones del programa reformista.<sup>19</sup>

Al interior las mismas universidades del continente los sectores “academicistas” y conservadores recuperaron el espacio perdido desde 1918. Muchas huelgas estudiantiles reformistas terminaron con expulsados en Santiago, en 1922, y Lima en 1923. En universidades como la propia Córdoba estudiantes y académicos compartieron suerte al ser expulsados de la ya mítica institución. Además, se abrió un ciclo de crisis en las organizaciones estudiantiles, de enfrentamiento entre los sectores conservadores y academicistas, apoyados por sus respectivos gobiernos, en contra de los reformistas y la izquierda universitaria, muchas federaciones estudiantiles se dividieron entre los sectores de izquierda y aquellos leales a los gobiernos de turno (Basadre, 1975: 137; Moraga, 2007: 369-410).

Mariátegui volvió de su exilio en marzo de 1923 e inmediatamente se incorporó como profesor de la UPGP y comenzó a colaborar en *Claridad*. En marzo del año siguiente asumió la “dirección interina”, a partir del número cinco hasta el siete, el último que apareció. Así como Mariátegui estableció una nueva orientación en la acción educativa de la Universidad Popular con la serie de conferencias “Historia de la crisis mundial”, una vez en la dirección le imprimió a *Claridad* una orientación obrerista y cercana a la Revolución Rusa: dejó de ser solo el “órgano de la Juventud Libre” para serlo también de la Federación Obrera Local (Portocarrero, 2006: 16)<sup>20</sup>. Aunque podría pensarse que, desde el momento en que asumió la dirección, se definían dos proyectos distintos, tanto ideológicos como de organización política entre él y Haya de la Torre, Ricardo Portocarrero ha hecho énfasis en que precisamente esta etapa en la vida de Haya correspondía a un fuerte, pero poco claro, acercamiento al marxismo que está marcado por su exilio en México y Rusia, países con dos revoluciones en proceso de consolidación. Nosotros contrapunteamos que Mariátegui tampoco definía aún su latinoamericanismo y aparecía más cercano a un marxismo europeo y, más aún, soviético, que su marxismo latinoamericano posterior a la publicación de sus *Siete Ensayos* (Portocarrero, 2006: 12).

Pero la revista fue ante todo el órgano de dos procesos sociales en marcha: por un lado, la reforma universitaria local y los lazos de esa con procesos similares en Argentina y Uruguay, o muy débiles con Chile y México; y, por otro lado, de la organización del movimiento obrero local, relación que, tal vez como ninguna otra en el continente, se hizo a través de las UPGP. En primer sentido *Claridad* promovió el Conversatorio Universitario, la tacha de “catedráticos momias” y denunció las clases anquilosadas o que demostraban una “insuficiencia absoluta”,

<sup>18</sup> Aunque Dromundo (1978: 16), otro “memorialista” del movimiento estudiantil mexicano, sostuvo que la FEM conquistó antes de 1920 la reivindicación de nombrar un delegado al Consejo Universitario.

<sup>19</sup> Para un panorama general sobre la inacabada autonomía universitaria véase Marsiske (2010).

<sup>20</sup> Cfr. Beigel (2006), en su análisis del proyecto, o más bien el accidentado camino editorial, de José Carlos Mariátegui, enfoca, solo de pasada, el giro ideológico que le imprimió a *Claridad* del Perú cuando estuvo bajo su dirección.

como las de pedagogía o las de estética “hasta ayer ininteligible”. Respecto de la reforma insertaron parte del *Manifiesto Liminar*: “Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes...el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron cátedra que las dictara”.<sup>21</sup>

En el mismo número inaugural *Claridad* reseñó la segunda visita de Alfredo Palacios –a quien definieron como un “socialista nacionalista”- a San Marcos. El decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata venía de regreso de una visita a México, fue declarado *doctor honoris causa* y rodeado de ceremonias que le impidieron tener un contacto directo con los estudiantes. Pese a ello, Palacios pronunció un discurso en el que fustigó a la universidad colonial y sostuvo que era necesaria su desaparición para el porvenir de América. La redacción de *Claridad* sostenía que:

Deseamos que los estudiantes que en 1919 siguieron la vigorosa invocación de Palacios y plantearon en el Perú la Revolución Universitaria –el gesto más bello y más puro de nuestros cien años de ensayo de libertad- oigan ahora de nuevo su palabra y sacudan para siempre el yuyo teológico que gravita sobre nuestras universidades exigiendo una amplia reforma educacional.<sup>22</sup>

Una de las primeras pistas sobre cómo se planteaba Mariátegui frente a la reforma universitaria la dio en una entrevista a la misma revista *Claridad* aparecida en el número 1 de mayo de 1923. Bajo el sugestivo título de “El ocaso de la civilización europea” Mariátegui hablaba (en un lenguaje militarista) de una etapa de “contraofensiva capitalista”, lo que equivale a un retroceso de las posiciones revolucionarias en el mundo marcadas por el fin de la guerra e inicio de la Revolución Rusa. Es la misma etapa entre el “estallido” de Córdoba y el momento presente–paraser coherentes con el pensamiento del peruano- la reforma al interior de las universidades argentinas y peruanas estaba bajo la misma etapa de “contraofensiva”. Aunque el peruano finalizaba su entrevista suscribiendo el hundimiento de la civilización europea.<sup>23</sup>

Mariátegui publicó en el número 2 de *Claridad*, aparecido en forma posterior a las jornadas de protesta de mayo de 1923 en contra de la consagración del Perú al corazón de Jesús, una de sus opiniones más contundentes sobre la reforma universitaria local:

Nuevamente surgen los estudiantes. Vuelven a preconizar unos la reforma universitaria y otros la revolución universitaria. Vuelven a clamar todos, confusa pero vivazmente, contra los malos métodos y contra los malos profesores. Asistimos a los preliminares de una tercera agitación estudiantil.<sup>24</sup>

<sup>21</sup> “La voz de los estudiantes. Lo que se piensa en la universidad”, *Claridad* N°1, Lima, mayo de 1923: 46.

<sup>22</sup> “La llegada de Alfredo Palacios”, *Claridad* N°1, Lima, mayo de 1923, p. 46.

<sup>23</sup> “El ocaso de la civilización europea” (un interesante reportaje a José Carlos Mariátegui), *Claridad* N° 1, Lima, 1ª quincena de mayo, de 1923: 38-40. Mariátegui cambiaría esta opinión totalmente en 1926, cuando sostuvo que “Europa es el continente de las máximas palingenesias”, en un sugerente artículo ¿Existe un pensamiento hispanoamericano? en: Quijano (1991).

<sup>24</sup> Mariátegui, José Carlos, “La crisis universitaria. Crisis de maestros y crisis de ideas”, *Claridad* N° 2, Lima, junio de 1923: 53.

Para Mariátegui la crisis era más profunda y no se resolvía con sacar solo a algunos maestros como lo habían hecho los anteriores movimientos reformistas sanmarquinos: lo que faltaba era un líder:

La crisis no se reduce a que existen maestros malos. Consiste, principalmente, en que faltan verdaderos maestros. Hay en la Universidad algunos catedráticos estimables, que dictan sagaz y cumplidamente sus cursos. Pero no hay un solo ejemplar de maestro de la juventud. No hay un solo tipo de conductor. No hay una sola voz profética. Directriz de leader y de apóstol. Un maestro, uno no más, bastaría para salvar a la Universidad de San Marcos, para purificar y renovar su ambiente enrarecido, morbosos e infecundo. Las bíblicas ciudades pecadoras se perdieron por carencia de cinco hombres justos. La Universidad de San Marcos se pierde por carencia de un maestro.<sup>25</sup>

Y nombraba a una serie de maestros que estaban al mando de cátedras Europa: en Alemania Albert Einstein, Oswald Spengler y Jorge F. Nicolai (En ese momento profesor de la Universidad de Córdoba); en Italia estaban Enrique Leone y Enrique Ferri; en España Miguel de Unamuno, Eugenio d'Orsy Besteiro. Hispanoamérica no se quedaba atrás con maestros como José de Ingenieros en Argentina y en México José Vasconcelos y Antonio Caso<sup>26</sup>. Este es uno de los aspectos polémicos para el marxismo, en una época en que el colectivismo, característico del bolchevismo, se imponía por sobre el individualismo de raigambre liberal, la figura del héroe, ya sea el líder intelectual o el conductor político, no encajaba en la ortodoxia comunista. Pero Mariátegui pertenecía también a una generación de intelectuales que, lejos de los dogmas, suscribía a la figura del intelectual como líder espiritual o guía y conductor de masas<sup>27</sup>. Varios acontecimientos políticos y culturales habían elevado la figura del intelectual por sobre la de los líderes políticos y militares. Para el mundo occidental, en la Francia de fines del siglo XIX, el “caso Dreyfus”, había colocado a la figura del intelectual en el centro del debate público. En el continente, la publicación de *Ariel*, de José Enrique Rodó en 1900, contribuyó a dar al “maestro” el papel de líder y guía de los jóvenes y en especial de los estudiantes<sup>28</sup>. Para la década de 1910 una serie de intelectuales y escritores no solo suscribían el papel del “guía” o “maestro”, también competían por distinguir entre sus congéneres: tal como lo señalaba Mariátegui, las figuras de los argentinos Ingenieros y Palacios y la del mexicano Vasconcelos, eran las más destacadas. Quizá

<sup>25</sup>Mariátegui, José Carlos, “La crisis universitaria. Crisis de maestros y crisis de ideas”, *Claridad* N° 2, Lima, junio de 1923: 53.

<sup>26</sup>Mariátegui, José Carlos, “La crisis universitaria. Crisis de maestros y crisis de ideas”, *Claridad* N° 2, Lima, junio de 1923: 53. La figura de “maestro de juventud” era una distinción con que los estudiantes organizados honraban a los profesores o intelectuales que acompañaban en las luchas de la década de 1910. En general este título no se daba formalmente, sino que era resultado de un “consenso” estudiantil. Como maestros de juventud fueron distinguidos el intelectual uruguayo José Enrique Rodó el célebre autor del *Ariel*, y el brasileño Carlos Vas Ferreira, el argentino José Ingenieros y el mexicano José Vasconcelos.

<sup>27</sup> Esta adscripción a la necesidad de un líder es más polémica aún, toda vez que Mariátegui había presenciado, *in situ*, el ascenso de Mussolini al poder en 1922 y la “Marcha sobre Roma”, que marcó el inicio del régimen fascista en Italia.

<sup>28</sup> En la introducción a la edición de Ayacucho del *Ariel*, de José Enrique Rodó (1987), el prologuista Carlos Real de Azúa señala que el libro, una especie de “sermón laico”, no solo coloca a la figura del intelectual como el centro de su planteamiento sino también a los jóvenes. Aunque el comentarista incurre en un error imperdonable al señalar que Ernest Renan, autoridad intelectual de Rodó, en un discurso ante la Asociación de Estudiantes de París en 1896 (Renán había fallecido en 1892), había pronunciado un sermón de esas características en el que se habría inspirado el uruguayo para su influyente libro.

el momento culmine de la figura del intelectual fue la creación del grupo Clarté! en París en 1919, que puede ser comprendido como la formación de un grupo de intelectuales que alentó la creación de una red de revistas y la formación de una “Internacional del pensamiento”, paralela a la Internacional Socialista con el objetivo de promover el pacifismo en el mundo (Moraga, 2015).

Para Mariátegui, lo contrario pasaba en el Perú donde la vida intelectual languidecía producto de que en la elite persistía un sentido aristocrático de la vida y el civilismo dominaba como fórmula política desde finalizada la Guerra del Pacífico:

Estos intelectuales sin alta filiación ideológica, enamorados de tendencias aristocráticas y de doctrinas de ‘elite’, encariñados con reformas minúsculas y con diminutos ideales burocráticos, estos abogados, clientes y comensales del civilismo y la plutocracia, tienen un estigma peor que el del analfabetismo; tienen el estigma de la mediocridad. Son los intelectuales de panteón de que ha hablado en una conferencia el doctor John Mackay. Al lado de esta gente escéptica, de esta gente negativa, con fobia del pueblo y fobia de la muchedumbre, maniática de estetismo y decadentismo, confinada en el estudio de la historia escrita de las ideas pretéritas, la juventud se siente naturalmente huérfana de maestros y huérfana de ideas.<sup>29</sup>

He aquí la razón por la cual Mariátegui había rechazado tan tajantemente su “edad de piedra”: el estetismo y decadentismo de la intelectualidad limeña, que rechazaba lo popular y a la “muchedumbre” y dejaba a la juventud (estudiantil) huérfana de guías e ideas. Y acusaba a la planta de profesores de la Universidad de no asumir la protesta del 25 de mayo, y de ir obligados y acobardados a marchar, no como líderes, sino como rehenes de los estudiantes. Así, no faltaba “juventud estudiantil”, como algunos lo planteaban: faltan maestros, faltan ideas”. La excepción a esta situación eran los profesores Víctor M. Maúrtua y Mariano H. Cornejo, “son, sin duda, las figuras más inquietas, modernas y luminosas, aunque incompletas, de nuestra opaca universidad”<sup>30</sup>. Y en seguida criticaba la reforma universitaria local:

Y esta es la crisis de la Universidad. Crisis de maestros y crisis de ideas. Una reforma limitada a acabar con las listas o a extirpar un profesor inepto o estúpido, sería una

<sup>29</sup>Mariátegui, José Carlos, “La crisis universitaria. Crisis de maestros y crisis de ideas”, *Claridad* N° 2, Lima, junio de 1923: 54.

<sup>30</sup>Mariátegui hizo gala de su generosidad política al destacar a estos “maestros”. Ello porque Víctor Manuel Maúrtua Uribe (1865-1937) diplomático e internacionalista peruano, ministro plenipotenciario en diversos países de Europa y América, diputado y profesor universitario, era una de las figuras del civilismo. Una de sus contribuciones más destacadas fue el alegato sobre los derechos del Perú en el problema limítrofe con Bolivia, publicado en Madrid en 1906-1907. Mientras que Mariano H. Cornejo (1866-1942) político, abogado, jurista, historiador y diplomático peruano. Fue presidente del Consejo de Ministros de Gobierno de Leguía, en 1919, fue diputado y senador en varios períodos, y presidente de ambas cámaras legislativa; elocuente orador parlamentario. Presidió también la Asamblea Nacional Constituyente, que promulgó la Constitución de 1920, donde impuso sus ideas políticas. Considerado el fundador de la sociología peruana, fue el iniciador del positivismo filosófico en su país y difusor del evolucionismo spenceriano; su obra estuvo también influida por autores como Comte, Levi-Bruhl, Wundt, Simmel, Frazer y Tarde. Su *Tratado de Sociología general* (Madrid, 1908-1910) fue muy celebrado, también fue el primer catedrático de Sociología en la Universidad de San Marcos. Irónicamente la importancia que le da Mariátegui a Cornejo fue apresurada ya que, en el segundo gobierno de Leguía, éste fue prácticamente ideólogo del régimen, cuando precisamente las políticas represivas se acrecentaron, sobre todo hacia Mariátegui y sus proyectos editoriales y políticos.

reforma superficial. Las raíces del mal quedarían vivas. Y pronto renacería el descontento, esta agitación, este afán de corrección que toca epidérmicamente el problema sin desflorarlo y sin penetrarlo.<sup>31</sup>

Pero Mariátegui desarrolló el grueso de su crítica hacia la educación, en general, y hacia la reforma universitaria, en particular, en dos textos: el primero es el capítulo segundo de sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, que tituló “El proceso de la instrucción pública”. El segundo son varios artículos que después fueron recogidos en sus “Obras Completas” bajo el título *Temas de Educación*. El más importante de todos, desde el punto de vista de un posicionamiento teórico y político es “Introducción a un estudio sobre el problema de la educación pública”.

En el primero reconoce la “herencia” española en la educación peruana (y latinoamericana) y la “influencia” francesa y norteamericana. La primera había logrado un dominio completo, y las segundas solo se insertaban mediocrementemente.<sup>32</sup> En general, todos estos “elementos extranjeros en el proceso de la instrucción pública estaban “insuficientemente aclimatados”, esto por que:

No somos un pueblo que asimila las ideas y los hombres de otras naciones, impregnándolas de su sentimiento y su ambiente, y que de esta suerte enriquece, sin deformarlo, su espíritu nacional. Somos un pueblo en el que conviven, sin fusionarse aún, sin entenderse todavía indígenas y conquistadores.<sup>33</sup>

Más que con los monarquistas, la República fue solidaria con los conquistadores y ello llevó a que no se consolidara la nación y a que en la educación, por ejemplo, no estuviera incluido el mestizo, menos aún el indio. La enseñanza tenía, por lo tanto, un sentido aristocrático y un concepto eclesiástico y literario que llevaba a una educación y una cultura excluyentes para la población mestiza. Ello hacía que la “mentalidad colonial” perviviera incluso a la “revolución de Independencia” y que liberales y conservadores cultivaran de igual manera la retórica y las universidades y colegios formaban letrados y abogados. Lejos estaban la educación destinada al comercio y la industria y más lejos aún la educación democrática: “El privilegio de la educación persistía por la simple razón de que persistía el privilegio de la riqueza y la casta”.<sup>34</sup> El hecho de que España hubiera llegado a América en su época medieval y sin haber experimentado nunca una revolución liberal y burguesa, ser católica y no protestante, evitaba que el Perú tuviera un modelo a seguir y no se desarrollaran la industria y el capitalismo.

Más adelante Mariátegui analizó la reforma universitaria que significaba “el nacimiento de una nueva generación latinoamericana”, juicio que se basaba en la reciente compilación que Gabriel del Mazo encargada por la Federación Universitaria de Buenos Aires, FUBA. En este

<sup>31</sup>Mariátegui, José Carlos, “La crisis universitaria. Crisis de maestros y crisis de ideas”, *Claridad* N° 2, Lima, junio de 1923: 54.

<sup>32</sup>Mariátegui, José Carlos, “El proceso de la instrucción pública”, *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en Mariátegui, José Carlos (1994): *Mariátegui Total*, Lima, Empresa Editora Amauta, I, p. 48. (en adelante citaremos esta colección).

<sup>33</sup>Mariátegui, José Carlos, “El proceso de la instrucción pública”, *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1994: 48.

<sup>34</sup>Mariátegui, José Carlos, “El proceso de la instrucción pública”, *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1994: 49.

movimiento, que abarcaba a varios países del continente: “Los estudiantes de toda la América Latina, aunque movidos a la lucha por protestas peculiares de su propia vida, parecen hablar el mismo lenguaje”. El inicio del movimiento había estado influido por el pacifismo wilsoniano de la posguerra, lo que le restó homogeneidad y autonomía: solo mediante una creciente colaboración con los sindicatos obreros, el combate contra las fuerzas conservadoras y la crítica concreta al orden establecido, podrían llevar a las “vanguardias universitarias” una orientación ideológica definida.<sup>35</sup>

En 1926, cuando llevaba ya ocho años desde el “estallido” de Córdoba, el balance de Mariátegui era que el movimiento “apenas ha formado su programa”. Así, aunque influido por la noción de Del Mazo, del origen y carácter de la reforma universitaria, Mariátegui le dio a ésta un giro y reforzó la idea de unidad entre el proletariado y los estudiantes que “no puede ser entendido sino como uno de los aspectos de una profunda renovación latinoamericana”. En esto recogía una idea de Palacios que planteaba que “mientras subsista el actual régimen social, la Reforma no podrá tocar las raíces recónditas del problema educacional”. Porque había que sacar a los malos profesores de la Universidad, pero también había que permitir que llegaran solo los capaces, sin ser excluidos por sus ideas sociales, políticas o filosóficas, combatir el chauvinismo y fomentar la investigación. Mariátegui continuaba citando textualmente a Palacios:

En el mejor de los casos, la Reforma rectamente entendida y aplicada, puede contribuir a evitar que la Universidad sea, como es en rigor en todos los países, como lo fue en la misma Rusia –país donde se daba, sin embargo, como en ninguna otra parte, una intelectualidad avanzada que en la hora de la acción sabotó escandalosamente a la revolución- una Bastilla de la reacción, esforzándose por ganar las alturas del siglo.<sup>36</sup>

Para Mariátegui había dos posiciones respecto de la reforma: una reaccionaria, que la concebía solo como un cambio intrauniversitario y a la dirigido a la enseñanza, y otra revolucionaria que correspondía a “sus verdaderos ideales” y que la definían como una “ambición del espíritu nuevo”, es decir, el “espíritu revolucionario”.

Mariátegui revisó las distintas posturas y definiciones de la reforma, la del dirigente estudiantil, Héctor Ripa Alberdi y de los profesores Julio V. González, José Luis Lanusa y Mariano Hurtado de Mendoza. De González, el peruano rescataba la óptica generacional con que el argentino analizaba la reforma como fruto de “una nueva generación que llega desvinculada de la anterior, que trae sensibilidad distinta e ideales propios y una misión diversa que cumplir” y agregaba el argentino: “Significaría incurrir en una apreciación errónea hasta la absurdo considerar a la Reforma Universitaria como un problema de aulas y, aun así, radicar toda su importancia en los efectos que pudiera surtir exclusivamente en los círculos de cultura”.<sup>37</sup> De Lanusa le interesó los vínculos del movimiento con la “evolución de la clase media” y la creciente “proletarización” de este grupo posterior al fin de la Gran Guerra: “se sentía la necesidad de renovar los métodos de estudio y se ponía de manifiesto el atraso de la Universidad respecto a las corrientes contemporáneas del pensamiento universal desde la época de Alberdi, en la que empieza a desarrollarse nuestra industria embrionaria”; esta proletarización de posguerra habría hecho

<sup>35</sup> Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 65.

<sup>36</sup> Alfredo L. Palacios citado por Mariátegui, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, p. 56.

<sup>37</sup> Julio V. González, citado en Mariátegui, “Siete Ensayos”, en *Mariátegui Total*, tomo I, 1994: 57.

organizarse a maestros, periodistas y empleados, la organización gremial de los estudiantes era entonces una consecuencia ineludible.<sup>38</sup> Finalmente, Mariátegui analizaba lo planteado por Hurtado de Mendoza. Este coincidía con Lanusa y afirmaba que era un error estudiar la Reforma como problema de renovación del gobierno universitario, o, pedagógicamente, como “ensayo de aplicación de nuevos métodos de investigación en la adquisición de la cultura”, o, como resultado del fin de la Guerra y el inicio de la Revolución Rusa, o de una ruptura generacional (en esto Hurtado se oponía a González). Por el contrario, la reforma universitaria no era más que una “consecuencia del fenómeno general de proletarización de la clase media”, producto del desarrollo del capitalismo.<sup>39</sup>

El peruano observaba que un elemento común surgido en el ambiente reformista era la formación de grupos de estudiantes que comenzaron a difundir las “ideas sociales de avanzada” y el estudio de “teorías marxistas” que se habían transformado en universidades populares, distintas de las que habían surgido anteriormente, además los antiguos líderes de la reforma conservaban sus vínculos internacionales y contribuían a la unidad política continental y eran el signo de esta “nueva generación”.<sup>40</sup>

Mariátegui revisaba los postulados de la reforma en distintos países donde había habido movimientos reformistas, desde el Primer Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado en México en 1921, y los casos de Chile, Cuba, Colombia, Perú.<sup>41</sup> Nuevas investigaciones, hechas sobre fuentes documentales, hasta ahora poco analizadas, han demostrado la tenue y tardía influencia tanto del “Manifiesto Liminar” como de los postulados de la reforma universitaria en países como Chile, Colombia e incluso México y han confirmado lo planteado por investigadores anglosajones en la década de 1970 (Bonilla y Glazer, 1970; Van Aken, 1971; 1990).

Terminaba Mariátegui los “postulados cardinales” de la reforma: “primero, la intervención de los alumnos en el gobierno de las universidades y segundo, el funcionamiento de cátedras libres, al lado de las oficiales, a cargo de enseñantes de acreditada capacidad en la materia”.<sup>42</sup> Resulta a lo menos extraño el hecho de que Mariátegui reafirmó como propios de la reforma, esos postulados cardinales provenientes del liberalismo estudiantil de la década de 1910 y no precisamente los agregados posteriormente por la influencia del marxismo posterior a la Revolución Rusa y que el mismo llevara al Perú en 1923 desde las páginas de *Claridad*.

Mariátegui continuó reflexionando sobre las características y límites de la reforma en las universidades latinoamericanas:

---

<sup>38</sup> Juan Bautista Alberdi (1810-1884), abogado, jurista, economista, político, estadista, diplomático, diputado, escritor y músico argentino, autor intelectual de la Constitución Argentina de 1853. Ligado a las fracciones más radicales del liberalismo argentino, fue un opositor al gobierno del autócrata Juan Manuel de Rosas, salió al exilio en Francia, donde estudió *El espíritu de las leyes de Montesquieu*, obra que sirvió de modelo para la Constitución de Estados Unidos y para otras constituciones latinoamericanas. En su exilio en Chile hizo carrera como periodista y abogado y escribió las *Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina*, tratado de derecho público editado por la imprenta del periódico El Mercurio, de Valparaíso (Mayer, 1963).

<sup>39</sup> Mariano Hurtado de Mendoza citado en Mariátegui, “Siete Ensayos”, en *Mariátegui Total*, tomo I, 1994: 57.

<sup>40</sup> Mariátegui, “Siete Ensayos”, en *Mariátegui Total*, tomo I, pp. 57-58.

<sup>41</sup> Un análisis de este congreso en Moraga (2014). Una reciente tesis de maestría ha develado las escasas conexiones entre el movimiento estudiantil colombiano con el resto de los países latinoamericanos, Pulido García (2017).

<sup>42</sup> Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 56.

El objeto de las universidades parecía ser, principalmente, el de proveer de doctores o rúbulas a la clase dominante. El incipiente desarrollo, el mísero radio de la instrucción pública, cerraban los grados superiores de la enseñanza a las clases pobres [...] Las universidades acaparadas intelectual y materialmente por una casta generalmente desprovista del impulso creador, no podían aspirar siquiera a una función más alta de formación y selección de capacidades. Su burocratización las conducía, de un modo fatal al empobrecimiento espiritual y científico.<sup>43</sup>

Mariátegui planteaba que esta fórmula de reproducción del conocimiento no era solo propia de los países semif feudales como el Perú, sino también de aquellos que habían iniciado un proceso de industrialización y democratización como Argentina y citaba a Sanguinetti que planteaba que “los doctores constituyen el patriarcado de la segunda república”, pero su preparación universitaria no les alcanzaba para “actuar con criterio orgánico en la enseñanza o para dirigir el despertar improvisado de las riquezas que rendían la pampa y el trópico”; la nobleza agropecuaria argentina, desplazada del campo económico, por los inmigrantes, y del político, por la clase media, se refugió en la universidad para mantener su prestigio e influencia.<sup>44</sup> Por esta razón la reforma universitaria había atacado esta “estratificación conservadora” de las universidades, además la “provisión arbitraria de las cátedras”, el mantenimiento de profesores ineptos, la exclusión de la universidad de los “intelectuales independientes y renovadores” eran consecuencia de la “docencia oligárquica”. Así:

Estos vicios no podían ser combatidos sino por medio de la intervención de los estudiantes en el gobierno de las universidades y el establecimiento de las cátedras y la asistencia libres, destinadas a asegurar la eliminación de los malos profesores a través de una concurrencia leal con hombres más aptos para ejercer su magisterio.<sup>45</sup>

Frente a esto las oligarquías conservadoras reaccionaban de dos formas: primero, solidarizaban recalcitrantemente con los profesores incompetentes “tachados” por los estudiantes; segundo, la resistencia tenaz a la incorporación de “valores no universitarios o simplemente independientes”. Acá está uno de los fundamentos de las posturas antiuniversitarias de Mariátegui: la cerrazón de las aristocracias académicas para recibir los aportes de los intelectuales independientes (como él) y de los conocimientos que se generaba fuera de la institución: “las dos reivindicaciones sustantivas de la Reforma resultan así inconfutablemente (sic) dialécticas, pues no arrancan de puras concepciones doctrinales sino de las reales y concretas enseñanzas de la acción estudiantil”.<sup>46</sup> En seguida Mariátegui recordó los inicios de los principios reformistas:

[...] el primero de los cuales había quedado proclamado teóricamente desde el Congreso Estudiantil de Montevideo, y así en la Argentina como en el Perú, lograron el reconocimiento oficial debido a favorables circunstancias políticas, cambiadas las cuales

<sup>43</sup>Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 59.

<sup>44</sup>Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 59. Florencio V. Sanguinetti (1893-1975), Abogado. Fue representante del claustro estudiantil en tiempos de la reforma universitaria en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, donde además dirigió la *Revista Jurídica y Ciencias Sociales* de dicha Facultad. Profesor de literatura del Colegio Nacional de Buenos Aires, ocupó el rectorado entre 1960 y 1963, renunció a sus cátedras tras el golpe de Estado de Onganía en 1966.

<sup>45</sup>Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 59.

<sup>46</sup>Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 59.

se inició, por parte de los elementos conservadores de la docencia, un movimiento de reacción, que en el Perú ha anulado ya prácticamente casi todos los triunfos de la Reforma, mientras que en Argentina encuentra oposición vigilante del alumnado, según lo demuestran las recientes agitaciones contra las tentativas reaccionarias.<sup>47</sup>

Acá Mariátegui entró en uno de los aspectos más polémicos de la historiografía sobre el movimiento reformista: el desconocimiento o negación de la etapa anterior, que hemos llamado de “preparación” de la plataforma política que después se conoció como “reforma universitaria”. La compilación de Gabriel del Mazo, pese a que reúne la mayor cantidad de documentos sobre los movimientos estudiantiles del continente entre 1918 y 1926, no incluye documentos de antes del “estallido” de Córdoba ese año.<sup>48</sup> Esto le restó profundidad histórica al conocimiento sobre el movimiento reformista y sembró la noción de que todo había empezado en esa ciudad argentina y ese año. Incluso el mismo Mariátegui (como hemos visto en páginas anteriores) pese a estar consciente de el sesgo, se dejó llevar por el recorte temporal establecido por el compilador.

En su análisis del proceso Mariátegui daba cuenta del inicio del proceso contrarreformista que se extendió hasta 1930, cuando una nueva generación, retomó las banderas reformistas pero hizo énfasis en los aspectos sociales, caros a la izquierda estudiantil y al marxismo ya más instalado en el horizonte ideológico latinoamericano.

Cuando analizó el proceso reformista peruano desde 1919 y destacaba su carácter “ortodoxamente civilista”, inspirada en el liberalismo, que se enfocaron en contra de la ineptitud de los académicos como por ser parte de una “algarada escolar más o menos inocua”. El peruano sostenía que si se hubiesen realizado el mínimo de mejoramiento y modernizaciones, especialmente en la Facultad de Letras, se habrían frenado las reformas por algunos años más, pese a la creciente división entre lo producido en la universidad y el avance de la cultura peruana. Así, mientras las nuevas generaciones de estudiantes habían superado el modernismo y se habían adentrado en el conocimiento de las vanguardias literarias, la cátedra universitaria aún estaba concentrada en la primera parte del siglo XIX español. El movimiento se dirigió contra los malos profesores, más que contra los malos métodos, pero cuando las autoridades universitarias solidarizaron con los profesores tachados, los estudiantes comenzaron a comprender el carácter oligárquico de la universidad y ensancharon sus demandas. El Congreso del Cuzco evidenció de que el movimiento reformista aún carecía de programa, pero logró su mayor realización fueron las “universidades populares”, que relacionaron a los estudiantes de izquierda con el movimiento obrero. Esto desató un conflicto entre la Universidad y el Gobierno; aquella rechazaba la tacha de profesores (los decretos leyes 4002 y 4004 que declaraban vacantes las cátedras desocupadas), las cátedras libres y la representación estudiantil en los consejos, que terminó con el cierre temporal de la institución. Una vez reabierto, los catedráticos oligárquicos habían retomado la iniciativa y hecho alianzas con un sector del estudiantado y escamoteado las conquistas de los estudiantes reformistas. Pero estos volvieron por sus fueros: ya estaban más organizados

---

<sup>47</sup> Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 60.

<sup>48</sup> La primera edición de los años 1926-27, fue financiada por Centro Estudiantes de Medicina de Buenos Aires. Posteriormente, en 1941, el Centro de Estudiantes de Ingeniería de la Universidad de La Plata, financió una segunda edición ampliada de la compilación, en 3 volúmenes, que sumó algunos documentos producidos entre 1926 y 1940, pero no recogió los producidos antes de 1918. Una tercera edición salió en Lima, bajo el sello de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1967.

ideológicamente.<sup>49</sup> La ley orgánica de enseñanza de 1920, allanó el camino para la concordia, puesto que dio a los estudiantes la conquista del cogobierno, a la vez que salvaguardaba la autonomía universitaria anhelada por los académicos conservadores. Y aunque éstos intentaron reponer los controles sobre los estudiantes el Congreso Internacional de México y el papel de Haya de la Torre como líder continental ayudaron a frenar la intentona. Hacia 1923 la reforma estaba presente entre los estudiantes sanmarquinos, aunque fuese escamoteada momentáneamente por la reacción. En cambio, en universidades como la del Cuzco, los profesores apoyaban los planteamientos estudiantiles y la democratización de la enseñanza, y los nuevos Estatutos de la universidad incorporaban “los postulados cardinales de la Reforma Universitaria en Hispanoamérica” y convertirla en un centro de investigación científica puesto al servicio del mejoramiento social.<sup>50</sup>

Mariátegui revisaba los postulados de la reforma y su implementación en la Universidad peruana como el cogobierno, la renovación de los métodos pedagógicos y la reforma al sistema docente, y concluía que todos los avances formales de 1919 se encontraban frustrados en 1927. De tal forma, la Ley Orgánica de 1920 en su mayor parte estaba por aplicarse y no se advertía en el Consejo Universitario iniciativa al respecto. Uno de los mayores problemas que enfrentaba la profesionalización de los académicos era la falta de presupuesto que impedía brindar sueldos dignos para que éstos se dedicaran por completo a la enseñanza y la investigación. En este contexto, el incrementado de las acciones reaccionarias en universidades menores, como la de Trujillo que había expulsado a 26 estudiantes, o la extrema minoría en que se encontraban los académicos renovadores en Arequipa, hacían que solo la Universidad de El Cuzco fuera la excepción.

Pese a lo anterior, el concepto de reforma universitaria ganaba cada día “más precisión y firmeza en las vanguardias estudiantiles hispanoamericanas”. En La Plata declararon el “problema educacional” como “una de las fases del problema social; por ello no se puede solucionar aisladamente”; y que la “cultura de toda la sociedad es la expresión ideológica de las clases dominantes... de los intereses de la clase capitalista”; también establecían que la última guerra imperialista (la primera Guerra Mundial), había roto el equilibrio de la economía burguesa que había desembocado en una “crisis de su cultura correlativa” y ello significaba que la crisis sólo podía superarse “con el advenimiento de una cultura socialista”.<sup>51</sup>

Mariátegui concluía reflexión sobre la reforma universitaria críticamente sosteniendo que el mensaje de la “nueva generación, “confusamente anunciado desde 1918 por la insurrección de Córdoba, alcanza en Argentina tan nítida y significativa expresión revolucionaria”, ante la reacción que había desatado ante los avances de los sectores reformistas: “La Reforma Universitaria sigue amenazada, por el empeño de la vieja casta docente en restaurar plenamente su dominio”.<sup>52</sup>

## Conclusiones

<sup>49</sup> Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 60.

<sup>50</sup> Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 66.

<sup>51</sup> Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 68.

<sup>52</sup> Mariátegui, “La reforma universitaria”, p. Mariátegui, José Carlos, “La Reforma Universitaria”, en *Mariátegui Total*, vol. I, 1994: 68.

Pese a que Mariátegui rechazó el conocimiento universitario y a la universidad como institución, el movimiento estudiantil, la universidad y, en general, la educación, estuvieron en el centro de sus preocupaciones reflexivas, tanto cuando adscribió al socialismo pre-revolución rusa y como cuando fue un “marxista convicto y confeso”.

Durante los años 1916 a 1919 su preocupación por la universidad fue en aumento, hasta apoyar desde *La Razón* a los líderes estudiantiles que iniciaron la huelga reformista. Pero entonces no desarrolló de manera profunda y sistemática una reflexión acerca de los problemas universitarios, o sobre los estudiantes, ya que su labor de editor se vio interrumpida por el exilio. Desde 1923, cuando regresó al Perú, su pensamiento estaba muy influido por la reciente Revolución Rusa y la formación del Partido Comunista Italiano. A fines de ese año se hizo cargo de la dirección de *Claridad* e intentó relacionar el movimiento reformista con los elementos ideológicos y políticos de la izquierda occidental, en el contenido de la revista y fomentó el aspecto más radical de la reforma: la unidad obrero-estudiantil.

Pero entonces la fuerza inicial del ciclo reformista iniciado en 1918, mostraba signos de debilitamiento e inició un fuerte repliegue precisamente en 1923. En muchos casos era un proceso intrínsecamente universitario y los distintos movimientos estudiantiles se desprendieron o abandonaron sus alianzas con los sectores obreros. Esto, fruto de la represión o del fortalecimiento de los sectores conservadores al interior de las distintas universidades del continente, que ganaron espacio en el discurso ideológico estudiantil y en sus prácticas políticas concretas, especialmente en sus estrategias de alianza con distintos sectores políticos, de intelectuales independientes o el interior de los académicos.

Por esta razón Mariátegui criticó el movimiento reformista local y su “crisis de hombres y crisis de ideas”; en este aspecto y en este momento, su pensamiento estaba influido por el movimiento Clarté! y su red de intelectuales en el mundo occidental. Por ello, sus preocupaciones ideológicas estaban centradas en la falta de uno o varios líderes intelectuales que pudieran conducir la transformación universitaria en el Perú.

La sagacidad crítica que desplegó en los años siguientes, especialmente en sus *Siete Ensayos*, donde analizó el movimiento reformista en el continente fue contradictoria. Sus fuentes fueron principalmente las contenidas en el libro de Gabriel del Mazo, que reunía la documentación, más que del proceso reformista mismo, de los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Pero el compilador argentino atribuyó la riqueza documental y propositiva de los movimientos estudiantiles del continente, como “producto” del movimiento nacido en Córdoba en 1918, lo que a veces parece haber confundido la reflexión de Mariátegui, pese a que conocía el desarrollo de los movimientos estudiantiles latinoamericanos anterior a 1918.

Esto y la creciente incapacidad física de Mariátegui, que no le permitían moverse y conocer *in situ* el desarrollo histórico de los movimientos estudiantiles latinoamericanos, le dificultaron hacer un análisis más preciso. Por otra parte, el resultado más notorio de esta desinformación, fue que nuestro intelectual pareciera reafirmar la “historia oficial” de la reforma y no relevara la riqueza social, política e ideológica de los movimientos estudiantiles latinoamericanos de la época.

Entre 1923 y 1930 el movimiento de reforma universitaria sufrió un retroceso en sus propuestas más radicales y un fortalecimiento de sus sectores más conservadores y “academicistas”. Solo a partir de 1930 cuando se inició un nuevo ciclo reformista, esta vez con mayor presencia de los sectores estudiantiles influidos por el marxismo y la Revolución Rusa, se inició la crítica a las propuestas ideológicas iniciales del movimiento. Estas se centraron en su ligazón ideológica con el liberalismo, y se agregaron, más enfáticamente, propuestas sociales que insistieron en la alianza estratégica con el movimiento obrero en algunos países y el indigenismo en otros. Pero para entonces Mariátegui había abandonado no la claridad ideológica, ni la certeza política, sino la vida misma.

### **Bibliografía**

Basadre, Jorge (1964): *Historia de la República del Perú*, vol. IX, Ediciones Historia, Lima.

----- (1975): *La vida y la historia, ensayo sobre personas, lugares y problemas*, Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú, Lima.

Beigel, Fernando (2003): *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*, Editorial Biblos, Buenos Aires.

----- (2006): *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Biblos, Buenos Aires.

Bernales B., Enrique (1981): “Origen y evolución de la universidad en el Perú”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 43, N° 1, pp. 455-506.

Bustelo, Natalia y Domínguez Rubio, Lucas (2017): “Radicalizar la Reforma Universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino, 1918-1922”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 44 N° 2, pp. 31-62.

Bonilla, Frank y Myron Glazer (1970): *Student politics in Chile*, Basic Books, Nueva York.

Cargía Costa, Víctor (1997): *Alfredo Palacios, entre el clavel y la espada*, Planeta, Buenos Aires.

Carnero Checa, Genaro (2010): *La acción escrita. José Carlos Mariátegui periodista*, Editorial San Marcos, Lima.

Caruso, Marcelo (1999): “La amante esquiva. Comunismo y reformismo universitario en Argentina (1918-1966)”, en Renate Marsiske *Movimientos estudiantiles en la Historia de América Latina*, Vol. II, CESU-UNAM, México, pp. 123-157.

Cosío Villegas, Daniel (1986): *Memorias*, Editorial Joaquín Mortiz, México.

Craib, Raymond (2017): *Santiago subversivo 1920. Anarquistas, universitarios y la muerte de Gómez Rojas*, LOM, Santiago.

Dromundo, Baltasar (1978): *Crónica de la autonomía universitaria*, JUS, México.

Flores Galindo, Alberto (1980): “Juan Croniqueur, 1914/1918”, *Apuntes*, N° 10, pp. 81-98.

Gargurevich, Juan (1978): *La razón del joven Mariátegui. Crónica del primer diario de izquierda en el Perú*, Editorial Horizonte, Lima.

Huaman Mayorga, Elvis (2016): “Amauta y la educación, una propuesta editorial de cambio”, Tesis de grado Licenciatura en Comunicación Social, UNLP, La Plata.

Mariátegui, José Carlos (2007): *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Ayacucho, Caracas.

------(1994): *Mariátegui total*, 2 vols., Empresa Editora Amauta, Lima.

Mayer, Jorge (1963): *Alberdi y su tiempo*, Eudeba, Buenos Aires.

Marsiske, Renate (1999): *Movimientos estudiantiles en la Historia de América Latina*, Vol. II, CESU-UNAM, México, pp. 123-157.

------(2010): “La autonomía universitaria. Una visión histórica y latinoamericana”, *Perfiles Educativos*, Vol. XXXII, número especial, IISUE-UNAM, México, pp. 9-26.

Melis, Antonio (1923): “José Carlos Mariátegui y la reforma universitaria”, *Apuntes*, N° 10, 1980, pp. 73-80.

Moraga, Fabio (2000): “Vanguardia, heterodoxia y búsqueda generacional. La revista Claridad, 1920-1932”, *Mapocho*, N° 48, DIBAM, pp. 243-266.

------(2007): *Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile.

----- (2014): “Reforma desde el sur, revolución desde el norte, El Congreso Internacional de Estudiantes de 1921”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, N° 47, Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, pp. 155-195.

------(2015): “El resplandor en el abismo. El movimiento Clarté y el pacifismo en América Latina (1918-1941), *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N° 42, Vol. 2, pp. 127-159.

------(2016): “Un resplandor en el nuevo mundo: La red Clarté y el pacifismo en América Latina, 1918-1938”, en Alexandra Pita (comp.), *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra*, Universidad de Colima-MAPorrúa, México, pp. 51-78.

----- (2018): “El Congreso Nacional de Estudiantes del Cusco de 1920: nacionalismo y reformismo en el movimiento estudiantil peruano, 1918-1923”. [En prensa].

Portantiero, Juan Carlos (1978): *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria, 1918-1938*, Siglo XXI, México.

Portocarrero, Ricardo (1994): “Introducción a Claridad”, *Claridad, Edición en facsímile*, Empresa Editora Amauta, Lima.

Pulido García, David (2017): *Formar una nación de todas las hermanas. La joven intelectualidad colombiana ante el proyecto de integración latinoamericana del gobierno de Venustiano Carranza (1916-1920)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México.

Quijano, Aníbal (comp.) (1991): *José Carlos Mariátegui. Textos Básicos*, Fondo de Cultura Económica, México.

Rodó, José Enrique (1987): *Ariel. Motivos de Proteo*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Sánchez, Luis Alberto (1988): *Haya de la Torre o el político*, Ercilla, Santiago.

----- (1936): *La vida del siglo*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Suasnábar, Claudio (2018): “Las izquierdas y la reforma de 1918: Ernesto Giudici y la propuesta de los comunistas de una segunda reforma universitaria”, *UDUAL*, Sección dossier, pp. 19-31. Disponible en línea en: <http://publicaciones.udual.org/doss75-2.html>

Van Aken, Mark (1971): “University Reform before Córdoba”, *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 51, pp. 447-462.

----- (1990): *Los militantes: una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.

## Fuentes

*Amauta*, Lima, 1926-1930.

*Claridad*, Lima, 1923.

*Claridad*, Santiago, 1920-1930.